

sata, que nació por el año 120 y fué ciertamente el autor griego mas ilustrado y agudo de la segunda mitad del siglo II. Los muchos escritos de Luciano son preciosísimos porque nos revelan un lado importante de la vida intelectual y moral de aquella sociedad, cuyos defectos, errores é iniquidades censura y ridiculiza con no menos mordacidad que á los dioses antiguos y á los nuevamente introducidos entonces.

Lo que faltaba al mordaz é inteligente Luciano, cuyas intenciones eran por lo demás excelentes, porque pugnaban por abrir paso á la ilustracion despreocupada desacreditando las supersticiones, eran una fe positiva y el entusiasmo del reformador, dos cosas que tenian los cristianos, adversarios decididos del paganismo y apóstoles de un nuevo mundo, conocidos ya entonces en todas partes, pero sin influencia ni fuerza para inspirar recelos y temor á sus contrarios. Su propaganda se habia limitado hasta el tiempo de Neron á la parte oriental y á la capital del imperio, pero gracias al inmenso comercio interior y á la dispersion de los judíos por todas las provincias del imperio, llegó la noticia de la nueva doctrina religiosa en un tiempo relativamente corto hasta las comarcas mas lejanas. Comunidades organizadas, como las habia en la parte oriental del imperio, especialmente en Jerusalem y Antioquía, en la Siria, en Alejandría, en Egipto, y en muchas ciudades principales del centro y Oeste del Asia Menor, tardaron todavía mucho tiempo en formarse en el Occidente. Desde Alejandría, como uno de los focos principales, extendióse la nueva religion por el valle del Nilo hácia el Sur y por la costa del norte de Africa. En la península balcánica eran sus centros las comunidades fundadas por el apóstol San Pablo en los años 53 y 54, Filipos, Tesalónica, Beronea, Atenas y Corinto. La primera comunidad cristiana en Roma no fué probablemente fundada por San Pablo, sino que salió mas bien de la sinagoga de la capital, que evidentemente recibió desde un principio, como las comunidades judías en otros grandes centros del imperio, las semillas fructíferas de la nueva doctrina. En el Occidente fueron Lyon y Vienne los puntos donde se formaron las primeras comunidades cristianas algo importantes. La mayoría de los adeptos eran probablemente ex-paganos romanos y solo una pequeña minoría judíos.

En el reinado de Trajano empezó el cristianismo á ser un factor con el cual debieron contar los emperadores y la legislación.

La organizacion interior de las comunidades cristianas fué desde su origen y durante muchas generaciones democrática, por ser la mas sencilla y práctica, atendida la dificultad de conciliar los extremos que desde el primer día engendró el exclusivismo judío, que no queria mancomunidad ni sociedad alguna con gente reclutada entre paganos y de otra raza. Evitar excisiones y unir á todos los adeptos de cualquiera procedencia en el lazo comun de la nueva y superior doctrina moral, era lo mas urgente. Contribuyeron muchas circunstancias á la rápida propagacion del cristianismo, mientras otras se opusieron desde el primer día tenazmente á ella, mucho antes de que se agregaran á los obstáculos el espíritu del mundo antiguo, el inflexible genio romano y el fanatismo de los defensores de las religiones paganas.

La fe ardiente y entusiasta que animaba á las primeras comunidades cristianas despertó en sus miembros el deseo, que consideraban como un deber sagrado, de predicar la nueva doctrina salvadora á todo el mundo. El ejemplo dado por los primeros apóstoles excitó la emulacion, y el número de los que cumpliendo con los preceptos del Evangelio repartieron lo que poseían á los pobres y marcharon á participar la buena nueva á lejanas tierras, fué creciendo sin cesar. No hubo peligro, ni obstáculo, ni cansancio ni privacion

que les arredrase ó solamente enfriase su entusiasmo y celo; y como la nueva doctrina se acercaba en muchos puntos á las ideas filantrópicas, morales, filosóficas y teológicas que entonces iban prevaleciendo gradualmente en el ánimo de las personas y clases de mas delicada sensibilidad del mundo civilizado; como se propagaba al propio tiempo el deseo de encontrar una norma segura en qué creer y á cuyo amparo se pudiera alcanzar una vida beatífica eterna, libre de las penas, de las angustias y del hastío de este mundo; y como se queria encontrar un dios de amor que amase igualmente al pobre que al rico, al humilde como al encumbrado; una religion que consolase al que no podia con su carga, al que desesperaba de su salvacion, al que temblaba ante la justicia eterna, prometiendo perdón al pecador y al criminal mas grande, solo le faltaba al cristianismo arrojar los pañales judíos en que habia sido envuelto al llegar al mundo y dirigirse á toda la humanidad en general sin hacer distinciones ni de creencias, ni de raza ni de categorías, para alcanzar un éxito fabuloso. Así debía alcanzarlo en primer lugar entre las grandes masas, por abundar en ellas los pobres, los desgraciados, los esclavos y todos los que padecian, y en segundo lugar entre las mujeres de todas clases, especialmente en las provincias griegas, porque además de responder á su sensibilidad mas delicada, la nueva doctrina elevaba á la mujer á la altura social del hombre, daba á la virginidad una aureola celeste y al matrimonio un carácter de santidad que hasta entonces no habia tenido. El Evangelio fué un rayo de luz que súbitamente alumbró las profundas y tétricas tinieblas de todas las miserias humanas. Las comunidades cristianas no desmintieron con su conducta tan bellas esperanzas y promesas; la caridad y fraternidad que practicaban los cristianos entre sí arrancó la admiracion sincera hasta de sus adversarios mas ilustrados, mas escépticos é irónicos. La conducta de aquellos cristianos era en aquel tiempo en general intachable.

No obstante todas estas ventajas, quedó el cristianismo durante largo tiempo estacionado cuando á los obstáculos con que habia de luchar no se habia unido todavía la persecucion del gobierno. La primera resistencia procedió de los judíos, en cuyas sinagogas diseminadas aparecieron los primeros resultados de la propaganda cristiana; y despues, tan pronto como el mundo pagano advirtió que la nueva religion lastimaba no pocos de sus intereses materiales, sublevóse tambien con mas ó menos odio y ferocidad contra ella. Los griegos miraban la religion cristiana y sus progresos como un suceso curioso digno de ser observado, sin poder resolverse, los que lo miraban con simpatía, á inscribirse entre sus adeptos declarados, porque para ello necesitaban romper de una vez con toda su vida pasada, tradicional, nacional, doméstica y personal; tenian que reformarse, renunciar á todas las vanidades que en el mundo griego formaban parte de su sér, á las inmoralidades grandes y pequeñas y á los defectos arraigados. Lo mismo sucedia en las provincias romanizadas y en el centro del imperio. Cientos de millares de individuos se habrian hecho cristianos en todas partes, principalmente en Grecia é Italia, donde la cultura era mayor, si hubiesen podido serlo sin romper de una vez con todas las tradiciones nacionales, antiqúisimas, veneradas é íntimamente enlazadas con la vida pública y privada, y que en innumerables monumentos, cultos, fiestas y relaciones sociales se imponian al individuo á cada instante.

Mucho trabajo costó á los jefes de las comunidades cristianas, especialmente en las ciudades algo grandes, velar para que sus individuos no recayesen en las abominaciones gentílicas, y además para que otros miembros espúreos é hipócritas no abusasen de la caridad y fraternidad de sus

compañeros ó desacreditasen con su conducta á toda la comunidad. Finalmente, el contacto con el mundo en que los cristianos se hallaban enclavados y los compromisos ineludibles que este contacto llevaba consigo, como la participacion en las fiestas en que se comia carne de animales sacrificados en los altares de los dioses paganos, la asistencia á los espectáculos públicos, los cargos oficiales y el servicio civil y militar ponian á los cristianos á cada momento en situaciones comprometidísimas; y la consecuencia fué que se generalizó entre ellos paulatinamente la tendencia á huir de la sociedad y aislarse de ella, lo cual á su vez dió con el tiempo lugar á que corriesen voces calumniosas sobre sus reuniones y su culto. Durante largo tiempo la masa de los cristianos se compuso de gente pobre y despreciada, judíos convertidos, esclavos, libertos, artesanos, tenderos y pequeños traficantes, algunas mujeres piadosas y poquísimas personas de las clases ilustradas y distinguidas, que habian podido vencer la repugnancia, muy natural en personas instruidas y educadas en todas las preocupaciones de las clases superiores, á fraternizar con gente baja, ignorante, judíos y esclavos, considerados entonces como masa inmunda. La adoracion de un dios crucificado, pobre y misero, que ninguna analogía ofrecia con las tradiciones históricas de la civilizacion greco romana; la renuncia de bienes terrenales, la fraternidad, el amor y caridad para con extraños y gente baja y despreciada; el sacrificio de todo por una idea, eran cosas tan contrarias al genio romano, que mucho tiempo hubo de pasar antes de que el cristianismo pudiera implantarse en tan durísimo suelo.

Una inscripcion sepulcral testifica que en el año 71 era ya conocido el cristianismo en Roma, y lo mismo corroboran los frescos y estucos de las criptas mas antiguas, las de Lucina, que son la parte mas antigua del cementerio de Calixto, y las del cementerio de Priscila, junto á la Via Salaria, cuyo estilo decorativo y cuya disposicion arquitectónica concuerdan en todo con los de Pompeya y pueden por lo mismo ser considerados como trabajos del siglo I de nuestra era (1).

Otra causa contribuyó á la indiferencia, desprecio y repugnancia con que los romanos miraron durante tanto tiempo al cristianismo. Esta causa fué la creencia general de que la nueva religion era simplemente una rama de la judía, y como los romanos confundian á los cristianos con el pueblo judío, que tan antipático se les habia hecho, los trataron á todos de la misma manera. Así puede decirse que todas las atrocidades y persecuciones que Neron, y despues Domiciano, aunque en menor grado, hicieron sufrir á los cristianos, no fueron cometidas contra estos como tales,

(1) Las catacumbas romanas forman un vasto laberinto de galerías subterráneas en el interior de las colinas que rodean la capital. Estas galerías están abiertas unas encima de otras, llegando hasta cinco pisos, y se cruzan infinitas veces en todas direcciones en un mismo piso. Su anchura varía de dos á cuatro pies y la altura cambia segun la calidad de la piedra en que están abiertas. En las paredes hay nichos que encierran uno ó varios cadáveres; á veces se presentan entre los nichos galerías laterales que conducen á una cámara pequeña ó cripta cuyas paredes tambien albergan cadáveres en sus nichos. Estos cementerios subterráneos no se comunicaban entre sí, porque cada uno pertenecia á una familia particular que lo habia abierto en su propiedad para enterrar allí sus muertos, y por lo mismo cada cementerio llevaba el nombre del dueño ó de su fundador. Las entradas estaban del lado de la carretera, hasta que se tapiaron para evitar persecuciones y se abrieron otras ocultas. Los nichos están por lo regular abiertos horizontal y paralelamente á la superficie de la galería ó cripta; pero tambien los hay que segun la costumbre semítica, y sobre todo judía, forman ángulo recto con la galería. Tanto las superficies de las galerías como de las criptas, estaban cubiertas de inscripciones y pinturas religiosas. En estas catacumbas depositaban los cristianos sus muertos con permiso de los propietarios adeptos, y en el siglo III fueron declarados públicos y cristianos la mayor parte de estos cementerios.

sino como odiados judíos. Cuando Plinio, en su gobierno de Bitinia encontró por primera vez la resistencia tenacísima de los cristianos á tomar parte en los cultos del Estado, á pesar de la intimacion hecha por el gobierno, resistencia que se conocia en la decreciente concurrencia de fieles á los templos, dirigióse á Trajano, como solia hacerlo siempre en casos difíciles, no queriendo tomar por sí resolución alguna. No dejaba Plinio de hacer justicia á los cristianos por su manera elevada de considerar la divinidad, como igualmente por su conducta moral, y ni él ni el emperador pensaban en hacer la guerra á la nueva religion por espíritu de intolerancia fanática, si bien la consideraban una «supersticion nociva». Lo que el emperador queria corregir y evitar eran la desobediencia de los que no tomaban parte en las ceremonias y fiestas de los cultos oficiales, y muy principalmente en el mas oficial de todos, el de los emperadores, y el mal ejemplo que con este acto de rebeldía daban los cristianos, haciéndose políticamente tanto mas peligrosos cuanto mas fuesen tolerados. Su retraimiento de la sociedad y sus conciliábulos misteriosos les hacian entonces doblemente sospechosos. Desde entonces data, pues, la persecucion de los cristianos como tales. Trajano mandó formar causa y castigar como reos de alta traicion á los cristianos acusados públicamente, pero dejando á los sentenciados como reos de Estado un plazo para obtener el perdón sacrificando públicamente á los dioses admitidos. Con esto quedó declarada de hecho la ilegalidad del cristianismo en el imperio romano y considerada como criminal la calidad de cristiano, que de consiguiente caía bajo la accion de la justicia. Bajo este punto de vista eran dignas de aplauso la humanidad y tolerancia de Trajano cuando mandó que no se hiciera caso de denuncias anónimas, y que no se espiese ni vigilase ni persiguiese á los cristianos sin fundado motivo y por meras sospechas.

No por esto fué menos funesto el principio de la ilegalidad del cristianismo y de la criminalidad de sus máximas que sentó Trajano, porque en adelante dependió en gran manera del carácter y modo de pensar de los gobernadores generales y otros altos funcionarios del Estado el perseguir con mas ó menos rigor y crueldad á los cristianos, ya que por el perjuicio que su retraimiento causaba á muchos intereses materiales relacionados con los cultos antiguos, habian de abundar necesariamente las acusaciones y las excitaciones malévolas y pérfidas del vulgo contra los cristianos cuanto mas se aumentaba su número. De esta suerte, ni los emperadores mas tolerantes y humanos pudieron impedir acusaciones abominables y tristes excesos, ni detener la accion de los tribunales cuando las acusaciones se probaban. Pícaros como aquel Alejandro de Abonoteco que tan indignamente explotó el culto de Esculapio, eran naturalmente adversarios peligrosísimos de los cristianos. En concepto de los romanos y griegos ilustrados é ignorantes, los cristianos eran ateos, que no se limitaban á retraerse de la sociedad y del culto sino que predicaban el exterminio de todos los dioses, cuya existencia era tan inseparable al parecer del imperio, que no cabia pensar que pudiese existir sin ellos. En la opinion del vulgo, los poderes celestes se vengarian de aquella doctrina, que por lo mismo no debia durar mucho tiempo; y mirándose como señal de la ira del cielo las calamidades generales que sobrevenian, se atribuía la culpa de ellas á los cristianos.

Las sentencias de muerte se cumplian en su mayor parte de la manera horrible empleada con criminales de la mas baja estofa. Se hacia servir de diversion pública á los cristianos en el circo, obligándoles á luchar con fieras hasta que sus sangrientos restos cubrian la arena, porque los cristianos se reclutaban principalmente entre esclavos de ambos sexos y gente humilde que no gozaba de la ciudadanía romana.

Sabido es, por lo demás, que este fin horrible á que estaban constantemente expuestos los cristianos, en lugar de arrearlos aumentaba su entusiasmo y hacia mas indisoluble y mas estrecho el lazo que los unia á todos. Así muchos cristianos, la mayoría, en lugar de huir del martirio, lo buscaban; su constancia y firmeza inconcebibles fueron la admiración de no pocos de sus adversarios que se preciaban de almas nobles; y muchos de ellos se convirtieron á una religión que daba fuerza hasta á débiles y delicadas mujeres para morir heroicamente en las llamas ó destrozadas por las fieras.



Pintura de techo de la parte mas antigua del cementerio de Santa Domitila

lo desearan y lo pidieran los mismos cristianos y sus defensores. En efecto, ya entonces no faltaban entre ellos hombres de instrucción y de talento, de elocuencia y habilidad, que con energía, tacto, convicción ardorosa, fe é intención purísimas trabajaron para ganar la opinión pública, y muy especialmente la de los emperadores y sus representantes, á favor de sus correligionarios, y para destruir el malísimo concepto que en la sociedad greco-romana se tenía de ellos. Entre los autores griegos que escribieron en favor del cristianismo y de sus adeptos citaremos al autor de la *Apología*, San Justino, mártir, de Siquem, que como muchos otros cristianos distinguidos había sido educado en la filosofía de Platon y sufrió en el año 166 el martirio por su fe. Merecen también mención su discípulo Taciano, natural de Siria, y Atenágoras, natural de Atenas, que vivió en Alejandría y dirigió en el año 177 á Marco Aurelio y á Comodo una exposición en defensa del cristianismo. Entre los defensores latinos, el abogado romano M. Minucio Félix escribió á fines del siglo II una defensa del cristianismo, que es la mas antigua que se ha conservado. En este escrito, en forma de diálogo, titulado *Octavio*, deshace el autor en lenguaje vivo y elocuente, con notable sagacidad y talento, las preocupaciones

El sistema establecido por Trajano quedó vigente, dejando á los emperadores en libertad de fomentar mas ó menos las acusaciones y los procedimientos jurídicos contra los cristianos ó tolerarlos. Adriano y el bondadoso Antonino Pio, si bien hubo también en sus reinados escenas sangrientas, se mostraron mas tolerantes que Trajano en los últimos cinco años del suyo. Sin embargo, las investigaciones modernas han evidenciado el grave error de los que han atribuido á estos emperadores edictos mandando que no se molestara á los cristianos por su religión y que se les castigara solamente por crímenes bien probados. Lo natural era tan solo que así

objeciones entonces corrientes respecto al cristianismo y á sus adeptos. En su estilo, en su tendencia á acumular galas retóricas y en su lenguaje no siempre castizo, este escritor, que por lo demás no cedía á nadie de su tiempo en instrucción filosófica y gusto estético, recuerda á Apuleyo, y como él se esfuerza en ponerse al nivel de los grandes maestros clásicos y en expresarse con elegancia y destreza.

No tardaron los escritores cristianos en dirigir sus plumas contra las obras que desde mediados del siglo II escribieron los partidarios de las creencias antiguas para ridiculizar, calumniar y desacreditar el cristianismo. Entre estos adversarios de la nueva religión se hallaba el ya citado Luciano, pero no eran sus sátiras tan malignas ni tan péfidas como los ataques de Fronto, que hizo suyas las invenciones mas absurdas del pueblo. Otro adversario peligroso era el platónico Celso, que estaba muy al corriente de la doctrina cristiana por habérsela explicado un judío bien enterado de ella. A estas luchas de pluma se agregaron las polémicas vivas entre las entonces ya numerosas sectas cristianas.

La nueva religión y la nueva moral social tuvieron que luchar, pues, duramente contra muchos y formidables obstáculos, y hubieron de limitarse durante mucho tiempo á di-

fundir su benéfica luz sobre la lobrete en que pasaban la vida las clases mas bajas de la sociedad antigua. Ya Adriano había mejorado la situación legal de estas clases, segun sabemos; pero á pesar de esto continuaban los funestos efectos que el sistema de la esclavitud, que entonces había llegado á ser la base de la sociedad, producía sobre el carácter social é individual de todas las clases, así sobre los amos como sobre los esclavos, sobre la clase media y sobre el industrial y artesano libre, que no podían competir con las empresas industriales en que se empleaban esclavos. El peor efecto de la esclavitud para el imperio en general, porque fué la causa principal de su sorprendente debilidad interior cuando llegaron los días de prueba en el siglo III, fué el de la desaparición rápida de los pequeños propietarios rurales libres en casi todas las partes del imperio, mal en que ya habían fijado toda su atención los Gracos. Pocas son las noticias que tenemos sobre este particular, pero se sabe que si bien la agricultura y la horticultura romanas habían llegado á un grado de perfección y de rendimiento asombroso, también iban sucumbiendo en Italia y en las provincias los pequeños propietarios, víctimas de la usura y de la competencia de sus vecinos ricos, los cuales, por lo menos en Italia, explotaban sus dilatadas propiedades sistemáticamente con esclavos. Para evitar este mal fueron impotentes los avisos y consejos de personas observadoras y peritas que como Columela y Plinio el Mayor recomendaban enérgicamente la vuelta al sistema del cultivo parcelario por colonos libres. En Sicilia, fuera de las plazas marítimas y mercantiles como Mesina, Catania, Siracusa y Agrigento, que iban prosperando, era espantosa la despoblación rural, mientras la agricultura en grande escala florecía.

Poco sabemos también sobre el estado del Oriente en aquella época, pero respecto al Egipto, que en tiempo de Vespasiano tenía, sin contar Alejandría, siete millones y medio de habitantes, resulta que su población mas había aumentado que disminuido en comparación del número de habitantes que tenía antes de la batalla de Accio. En cambio no podía decirse lo mismo de la Grecia, que no había recuperado su población anterior, ya por los dilatados patrimonios ó latifundios dedicados á la cría de ganados, ya por la usura que arruinaba al pequeño propietario, ya por la explotación codiciosa del suelo, que no pensaba mas que en el lucro del momento. La Acaya como la Macedonia estaban tan despobladas que iban prosperando, era espantosa la despoblación podida poner en campaña 3,000 hoplites. La masa de los griegos prefería buscar trabajo en las ciudades, y especialmente en puertos, á la manera de los modernos *lazzaroni* napolitanos, á cultivar sus escasas y pobres tierras.

La Galia y la España estaban entonces bien pobladas y en situación próspera. La población de la primera, que al caer bajo el dominio de Roma contaba acaso diez millones de almas, se había duplicado á fines del siglo II, y contaba con propietarios rurales grandes, medianos y pequeños, si bien se habían formado allí como en otras partes dilatadísimos patrimonios que pertenecían á altos funcionarios y senadores romanos, que por lo general tenían también en sus manos el gobierno municipal de las ciudades inmediatas, y absorbían las propiedades pequeñas. En España, especialmente en Andalucía, sucedía lo mismo. En Africa había llegado ya en el siglo I la explotación de los latifundios á su mayor grado, pero sin perjudicar á los propietarios medianos y pequeños, que hacían una competencia victoriosa á los grandes.

La clase rural libre, que á pesar de su disminución era todavía muy numerosa en todo el imperio, se dividía principalmente en propietarios pequeños y en arrendatarios no hereditarios, ó sea colonos, siendo estos últimos en mayor

número, porque existían hasta en los latifundios simultáneamente con la explotación por esclavos. Estos latifundios no formaban parte de la división municipal de la comarca, y eran á manera de dominios de nobles que perteneciesen á particulares ó á la corona. Había muchas de esta clase de fincas, llamadas *salto*s, especialmente en la Calabria, en la Pulla, en el Samnio, en la Emilia, y mas que en ninguna parte en Africa, y pertenecían ya á particulares, ya al fisco. Solo Neron había adquirido seis de estas grandes posesiones por confiscación.

Respecto á la explotación de las haciendas, especialmente de las imperiales, parece que una parte de ellas estaba dividida en parcelas que se arrendaban á colonos libres y á libertos, y el resto era cultivado, por medio de esclavos, ya por el mismo dueño, ya por arrendatarios capitalistas. Si era el dueño quien dirigía el cultivo, tenía allí, además de los edificios de explotación, su quinta ó palacio, el cual no entraba en el arriendo cuando la explotación corría á cargo de un empresario, y era administrado aparte ya por el mismo empresario, ya por hombres de confianza, esclavos ó libertos del dueño.

Una inscripción descubierta hace pocos años en Suc-el-Jemís, entre Cartago y Bula, perteneciente á los primeros años del reinado de Cómodo, y que se refiere á una posesión de esta clase llamada Burunitana, nos informa de lo que pasaba en esta especie de latifundios. Los colonos labradores establecidos en ellos eran individuos libres, romanos y provincianos, que gozaban del fuero itálico, los cuales con sus familias y viviendas formaban una ó varias aldeas ó villas con sus templos paganos, ó iglesias cristianas mas adelante, edificios públicos, mercado y feria, y hasta con obras defensivas donde eran menester; pero no tenían organización ni fuero municipal sino simplemente una administración local. Siendo muchísimas en Africa las haciendas imperiales, estaban agrupadas con sus poblaciones en distritos para su mejor administración; cada distrito tenía un administrador (procurador), del cual dependían los administradores locales, que residían en sus respectivas haciendas. Los administradores de distrito dependían de un administrador central que residía en las respectivas ciudades de importancia, como Cartago, Hipona, Adrumeto, Teveste, etc., y estos tenían por superior inmediato al procurador imperial de la provincia. Esta división era enteramente independiente de las capitanías ó gobiernos generales, pues los gobernadores generales poca ó ninguna autoridad civil tenían en las haciendas imperiales, por manera que en estos territorios y poblaciones el procurador de provincia era el gobernador civil y los sub-procuradores y administradores de hacienda sus delegados. Las diferencias entre los colonos y el director (conductor) de la explotación ó el arrendatario de la hacienda eran dirimidas por el procurador ó administrador, quedando libre la apelación al procurador central, provincial y á Roma. De algunas de estas apelaciones se desprende que los conductores obligaban injustamente á los colonos á prestaciones personales para la hacienda, sobre todo cuando estaban convenidos con el procurador inmediato; abuso que el emperador Adriano redujo á muy estrechos límites. También se infiere de estas exposiciones ó quejas que el conductor ó director de la hacienda imponía á los arrendatarios en ciertos casos castigos, requería contra ellos fuerza armada y hasta imponía penas corporales á ciudadanos romanos; y los pobres colonos tenían que sufrir por lo general estas extralimitaciones de los funcionarios y representantes imperiales. Poco á poco se trasformaron los arriendos temporales en hereditarios, con lo cual se aproximaron los colonos libres á la categoría de libertos por efecto de la natural dependencia del propietario,